

quiere exponerse á que sus iguales, envidiosas de su decencia, se la murmuren llamándola *rota y motivosa*, como ella misma dice.

Como la iglesia estaba inmediata á su casa, de donde salimos, no tuvo tiempo el coronel para hablar más sobre esto y mucho menos, porque luego que de la torre nos vieron ir, hicieron señas de dejar. Con esto nos apresuramos.

Estaba ya el cura revestido, y luego que entraron los novios y padrinos, procedió á las sagradas ceremonias del matrimonio, y cantó la misa después de ellas. Concluída, salió de la sacristía y nos condujo á todos á su casa.

Pascual estaba entreverado, unas veces alegre y otras triste, acordándose de que no alcanzaba su comida para tantos, y más triste se ponía al acercarse la hora de almorzar.

Pero ¡cuál fué su sorpresa y su alegría cuando oyó decir al cura:—Señores, vamos á la huerta á tomar alguna cosita, porque ustedes ya lo han de menester, como que madrugaron y han caminado, aunque poco! Diciendo esto se levantó el cura de su asiento, hicimos todos lo mismo, y nos dirigimos á la huerta.

Al entrar en ella se acabaron de trastornar Pascual, los novios, sus parientes, y poco faltó para que á nosotros sucediera lo mismo, al ver la magnífica sencillez con que estaba todo prevenido.

La naturaleza por una parte y por otra la curiosidad del cura, habían formado en aquel frondoso sitio una huerta útil y un pensil ameno y delicioso. Las varias frutas que matizaban el alegre verde de los árboles, colocados en bien dispuestas calles; las diferentes flores que adornaban una multitud de arriates y tiestos curiosos; los agradables aromas que las hierbas y rosas exhalaban; el gorjeo de mil hermosos pajarillos que trinaban alegres saltando de rama en rama; el suave murmullo de las cristalinas aguas que se deslizaban por los caños para regar las plantas y las flores, y el conjunto de todas estas cosas halagaban los sentidos y suspendían el espíritu dulcemente.

En medio de la huerta estaba una graciosa fuente-cilla, y á su lado se formaba una hermosa galería, en la que estaban colocadas las mesas en donde se había de servir el almuerzo.

Mil lazos de amapolas, *xúchiles*, claveles y rosas se entretejían con el mejor orden de un árbol á otro, fingiendo las paredes del salón y haciendo un tapiz tan alegre como natural. Los rayos del sol no penetraban en aquel lugar delicioso, porque sobre las copas de los árboles estaba formado un majestuoso pabellón de damasco carmesí con cordones de seda verde y oro, y el pavimento estaba entarimado y cubierto con unas muy buenas alfombras para que la humedad no

molestase á los que debían permanecer allí por largo rato.

La repentina vista de este ameno y florido verjel me hizo creer que estaba yo en los pensiles de Semíramis ó en los prados y bosques de Arcadia. No sólo yo fuí de este parecer; á todos sorprendió tan halagüeña perspectiva, y á porfía alababan el buen gusto del señor cura, que tan á poca costa había dispuesto un salón tan cómodo y alegre.

Luego que estuvimos en él, hizo el párroco que se sentasen todas las personas decentes en la primera mesa, y en ella también los novios y sus padres. Pascual estaba atónito y elevado; pero aún no deponía el temor que lo acosaba de que su prevención fuera escasa. Por todas partes volvía la cara, y como no veía disposición alguna de comida, se ponía muy fruncido, pensando, según después nos dijo, que esperaban el alimento de su casa.

El señor cura dispuso que el padre vicario fuera á cumplimentar á los parientes y convidados de los novios en otra mesa que tenían prevenida, no muy lejos de la nuestra.

Ya todos sentados en sus correspondientes lugares, tiró el cura de un cordón, sonó una campanilla, y al momento se presentaron cuatro graciosas inditas, ricamente vestidas según su traje, y comenzaron á servir los platos y las copas.

El primer brindis se dirigió á la salud de la novia, y á seguida comenzamos á escuchar un agradable concierto de música; aunque no veíamos la orquesta, porque el cura la ocultó sagazmente tras de un emparrado para que nos cogiera más de nuevo.

Lo opíparo del almuerzo, lo divertido del lugar, el golpe de la música y el trato dulce y cortés del coronel, del cura y otros señores, contribuía á aumentar en todos la alegría más inocente. No se hablaba en la mesa de cosa que no entendieran bien los novios y sus padres. El campo, las siembras, las semillas, las cosechas, los carneros, los toros y las vacas dieron asunto para toda la conversación, que manejaron muy bien los entendidos, haciendo hablar sobre todo á Pascual, á su hijo, y aun á la novia; y como se les hablaba sobre materias que entendían, estaban contentos, menos vergonzosos y muchas veces satisfechos, porque quinaban en asunto del campo al coronel, al cura y á otros, como que hablaban con instrucción y con experiencia. ¡Qué cierto es que cada uno es voto en su profesión!

El señor Labín y el otro eclesiástico excitaban aún más nuestra alegría con sus chistes salados y corteses. A todos hacían reír de cuando en cuando, especialmente á la novia, á quien dirigían sus chanzas sazonadas, dejándola contenta. Dos cosas aprendí con la ocasión de asistir aquellos señores á la mesa: la primera, que así como en

cualquier concurrencia decente se hace despreciable el faceto que á cada instante quiere á costa suya y de avergonzar á otros, arrancar la risa á los que lo oyen, así se hace apetecible un hombre de talento que sin hacer profesión de hazmerreir ó de bufón sabe mantener en todos la alegría sin ofensa de ninguno. Esto fué lo primero que aprendí, y lo segundo, que la chanza, para que agrade, es necesario que tenga cuatro circunstancias: *jovial, inocente, oportuna y discreta*: de suerte que en careciendo de cualquiera de ellas, degenera en sátira picante ó en una insulsez fría y sin gracia. Por lo cual no es tan fácil desempeñar con aire el papel de chancero en una función pública, y no debe meterse á ello el que no se considere dotado del talento y gracia particular que se requiere para no pasar la plaza de ridículo ó desatento.

Finalmente, con general complacencia y satisfacción, se concluyó el almuerzo: después nos levantamos todos, y nos fuímos á pasear por la huerta.

Nada le faltó que prevenir al señor cura para que nuestra diversión fuera completa. En los árboles más copados se veían pendientes diferentes objetos que la proporcionaban. En unos había curiosos tableros de damas; en otros bolsas de fichas y naipes para jugar tresillo y otras cosas; en éstos, instrumentos músicos; en aquellos, libros de novelitas y poesías; algunos esta-

ban surtidos de barretas de fierro, otros de pelotas y guantes para los que quisieran ejercitar las fuerzas, y en muchos había reatas muy cómodas para la diversión del columpio.

Cada uno fué tomando la que más le inclinaba, según su edad y su temperamento, de suerte que dentro de media hora ya estaban todos destinados. Por aquí se veían dos jugando á las damas; por allí otros tocando los bandolones y flautas; cuáles estaban tirando la barra, cuáles jugando á la pelota ó los naipes; ya se encontraba una señora recostada sobre un sofá leyendo un libro, ya otra cantando una aria ó un terceto; mientras las más jóvenes se divertían apedreando los árboles para bajar frutas sazonadas, ó meciéndose en los columpios, ó jugando en los cañitos de agua, ó cortando las más fragantes rosas, con que se adornaban el pecho y las cabezas.

Parece que la inocencia y la alegría habían bajado de los cielos á aquel lugar ameno y delicioso. Yo observé que en un instante las mujeres cortesananas depusieron el aire de etiqueta y las payitas su natural encogimiento. Todas conversaban, corrían y retozaban alegres y contentas con la mayor familiaridad. Hasta Marantoña, que por razón de novia debía haber estado más cuitada¹ que las otras, andaba con todas saltando como una cabra, y tre-

¹ No hay razón para que las novias se avergüencen ó se acuiten; porque ya lo han hecho costumbre, principalmente las aldeanas.